

lamiento en que se hallaba, y á los víveres y municiones que tenia en sus almacenes; pero que tambien lo estaba de que su pérdida no seria sino de una manera honrosa, y en estos términos: perdiendo la ciudad convertida en un monton de escombros, ó dueños sus defensores de los fuertes y edificios de ella, decirle á los franceses cuando llegara este caso: "*La necesidad marcó el hasta aquí á la defensa de Puebla; dueños los mexicanos de la plaza, te la entregan cuando no la pudiste tomar, y te la entregan cuando ya no tienen víveres que comer, ni municiones que gastar.*"

Aunque entendí que mis palabras habian hecho bastante mella en el corazon patriota de los hombres á quienes las dirigia, tal vez por un principio de amor propio, se insistió todavía, aunque de una manera muy débil, en sostener las proposiciones que habian motivado la discusion, y por lo mismo y para concluir, dije de una manera terminante y con el carácter de un precepto: que el cuerpo de ejército de Oriente no saldría de la plaza, fueran cuales fueren las exigencias que yo tuviera al frente, á menos de que una orden espresa del gobierno no me lo previniera así, y de un modo terminante; ó que concluidas absolutamente las municiones de boca y guerra en los almacenes y en las casas particulares, lo que acontecería bien pronto, tuviera necesidad de romper el sitio; y que si los señores generales tenian la conciencia de la bondad suprema de lo que me proponian y de los bienes que esto debía traer á la nacion, aceptáran sobre sí toda la responsabilidad, levantando una acta en que me desconocieran como general en jefe, en cuyo caso quedaria el mando en manos del Sr. general Mendoza, mi segundo como cuartel maestro, ó en las del general que se creyera por conveniente.

Esta última medida propuesta por mí, como único medio que podia conducir á los generales citados á realizar los proyectos que me habian indicado, fué desechada honrosamente, y en primer lugar por el general Berriozábal.

El general Mendoza manifestó respecto de ella: que él no tomara el mando del cuerpo de ejército de Oriente aunque se lo dijeran todos sus generales, y aunque para ello se levantara cien actas, pues como soldado, queria que cada uno llenara su deber en el puesto en que lo habian colocado la nacion, el gobierno y la ley, y que él estaba en su lugar creyendo que así llenaba sus deberes.

El general Llave solo me dijo, como para descargarse de un compromiso que tenia pero no en términos que indicara el pedido de una resolución tomada y acerca de la que se insistiera para llevarla á cabo de todos modos: "yo y mis compañeros teniamos la resolución de hacer ante el Sr. general en jefe, renuncia del mando que obtenemos en el cuerpo de ejército de Oriente, caso de que no admitiera nuestras proposiciones."

Como esto ya no importaba una petición, sino una noticia que se me daba, nada resolví respecto de su contenido, y la junta se disolvió despues de haber recomendado y encarecido yo á los generales en nombre de la patria, la necesidad que habia de que todos trabajáramos unísonos y de conformidad, para realizar el programa que les habia hecho presente, y que era el medio por el que salvaríamos el honor de nuestras armas, y mas cuando la responsabilidad de llevar á cabo ese programa pesaba única y exclusivamente sobre mí.

El general Auza no tomó parte en el debate, ni volví á hablar con él relativamente al punto que se habia cuestionado.

Los generales Mendoza y Paz, que tampoco habian tomado parte en aquel, me manifestaron despues confidencialmente pero con un carácter oficial: que pensaban de la misma manera que yo, y que mi plan lo aprobaban en todas sus partes, no como soldados, pues bajo este aspecto solo tenian que obedecer, sino como ciudadanos, porque creian que de la realizacion de él, pendia la salvacion del honor nacional.

Lo mismo y en los mismos términos se espresó el general Mejía, agregando todos: que si esta manifestacion no me la ha-

bían hecho en presencia de la junta, era porque no querían con su disentiimiento agitar los ánimos, sino guardar silencio para que la razón ejerciera su imperio.

Inmediatamente puse en conocimiento del supremo gobierno, las nuevas pretensiones de los generales que he citado, así como mi respuesta y la determinación que estaba resuelto á llevar á cabo. La contestación que tuve del mismo supremo gobierno, por conducto del ministerio de la guerra, fué la aprobación plena de mi conducta, cuya comunicación me reservé también para no herir susceptibilidades, y mas cuando solo quería que esa comunicación me sirviera de norte en mis ulteriores procedimientos.

Para no obrar imprudentemente, para saber el estado en que se encontraban los elementos con que contaba la plaza con relación á la moral de nuestro cuerpo de ejército, y sin revelar una sola palabra ni á generales ni á subalternos respecto de la existencia de la junta ni de las frases que se habían vertido en ella para no introducir un cisma ó la división entre los defensores de la misma plaza, hablé con los generales Lamadrid y Régules, Hinojosa y Ghilardi, García y Gayosso, Escovedo y Cosío, Mora y Rioseco, Prieto y Zalazar, hablé también con los coroneles Febles y Palacios, Zamacona y Ramirez, Garza y Terán, Camacho y Zepeda, Balcázar y Sanchez-Roman, Herrera y Cairo y Lopez [D. Juan], Loaeza y Smith, Aranda y Alatorre [D. Ignacio], y con otra multitud de jefes y oficiales, y por las palabras é informes de los mismos, vine en conocimiento, conocimiento que ya tenía, de que la moral y brio de nuestros soldados se hallaban en un estado brillante, lo que me probó mas el error en que se encontraban los generales que me habían sostenido lo contrario, error que procedía de la mejor buena fé y de un principio de patriotismo, y mas cuando los había visto en los combates, conducirse como bravos, sosteniendo los derechos de México y el honor de su bandera.

Los trabajos de zapa continuaron con toda actividad por una y otra parte, en los dias 22, 23 y 24, y los fuegos, con mas

ó menos interrupción, continuaron también con la misma fuerza que los dias anteriores. Las bombas de grueso calibre que el enemigo había estado arrojando sobre la plaza, comenzaron á disminuir, y como aquella disminución no se adunaba con los intereses de los sitiadores, entendí que estaban acabando con esta clase de proyectiles.

En esos dias recibí una carta del general Comonfort, en la que me hacia presente lo penoso que le era no haber introducido á la plaza las municiones de boca que deseaba, y lo mortificado que se hallaba también por haber hecho fiasco el proyecto del general Rivera; concluyendo con exitarme á que tomara los víveres y dinero que hubiera en Zaragoza, aunque fueran de propiedad particular.

Recibí también otra carta del general Rivera, concebida en los mismos términos que la anterior, y en la que, con la buena fé que caracteriza á su autor, me aseguraba las nobles y patrióticas intenciones del general Comonfort, y los vehementes deseos que tenía de proteger, de cuantas maneras le fuera posible, á la plaza y al cuerpo de ejército que la defendía.

Los sucesos acaecidos la noche del 24 y el dia 25 de Abril, estan referidos, aunque imperfectamente y en general, en la carta que escribí la tarde de este último dia, y cuyo contenido, que ratifico ahora, es el siguiente.

"Zaragoza, Abril 25 de 1863.—A las seis de la tarde.—Señor general D. Ignacio Comonfort.—Mi querido amigo y compañero.—Las impresiones que he recibido el dia de hoy, me imposibilitan para decir á vd. circunstanciadamente todo lo que ha pasado en esta ciudad: lo haré mañana, limitándome por ahora á referirle, en unas cuantas líneas, el espléndido triunfo que acaban de obtener nuestras armas.—A las seis de la tarde del dia de ayer, y despues de un fuertísimo aguacero, el enemigo hizo volar por medio de minas una cuadra de la manzana de Pitimini, ocupada por las fuerzas de Toluca que manda el coronel Padrés, comprendida dicha manzana en la línea que defiende el general Berriozábal.

Una parte de la fuerza de aquella ciudad, quedó sepultada entre los escombros, y el resto de ella, defendió con entusiasmo y brío el punto que se le había encomendado, rompiendo un fuego nutridísimo sobre las brechas, que hizo retroceder al enemigo dos ó tres veces que intentó dar el asalto,

Los fuegos se generalizaron por una y otra parte durante la noche, y á las cinco y media de la mañana, se duplicaron con mas fuerza y vigor, haciendo el mismo enemigo, un poco despues, volar otra cuadra de la manzana de Santa Inés, por medio de otras minas.

Allanó los escombros con su artillería, y lanzó fuertes columnas sobre el interior de la referida manzana, que defendian los batallones 3.^o y 5.^o de Zacatecas, al mando del valiente entre los valientes coronel D. Miguel Auza.

El combate se trabó de una manera sangrienta, disputándose el punto los contendientes de un modo encarnizado, pues se dispararon tiros á quemaropa sin perder terreno.

El combate duró mas de siete horas, y al terminar éstas, nuestras fuerzas quedaron dueñas absolutas del punto, con 130 prisioneros del primer regimiento de zuavos, incluso siete oficiales.

En obsequio de la verdad diré á vd. que los franceses han peleado como leones, y que cayeron prisioneros cuando ya pisaban sobre cerca de cuatrocientos cadáveres de sus compañeros, y cuando había corrido ya el resto del regimiento y les era imposible continuar defendiéndose con buen éxito.

Los cadáveres los estamos levantando en estos momentos, así como los heridos de una y otra parte, para los que ya se nos han agotado las camas en los hospitales de sangre.

El enemigo, cuando se batía en el interior de Santa Inés, atacó tambien el centro de la línea que defiende el general Alatorre, y de cuya parte se hallaba encargado el señor general Régules, habiendo sido rechazado completamente de todos estos puntos, así como lo fué en los ataques ciertos ó simulados que emprendió sobre San Agustín y el Cármen, pues todo lo intentó durante las siete horas de combate de que le he hablado á vd.

Muchos jefes y oficiales, y algunos batallones, se han distinguido en la función de armas de hoy, siendo de los últimos, á mas de los dos que defendian el punto, el primer batallón de San Luis, al mando de los coroneles Escovedo y Garza, á quienes mandé en auxilio de aquella posición, previniéndole al primero de dichos jefes, que batiera á los franceses á la bayoneta, una vez que el coronel Auza con sus fuerzas había quedado cortado, cuya orden desempeñó el referido coronel Escovedo de una manera honrosa y satisfactoria.

Tambien tuvieron una parte de gloria en esta jornada, doscientos hombres del primer batallón de Toluca, pertenecientes á la división del señor general Berriozábal y que mandaba el coronel Caamaño, cuyas fuerzas auxiliaron por el flanco derecho, de una manera eficaz, á las del señor coronel Auza; y el 2.^o batallón de Puebla al mando del coronel D. Juan Ramirez, cuyo cuerpo, que pertenece á la división del señor general Negrete, lo mandé tambien en auxilio del punto atacado, conduciéndose lo mismo que los anteriores, de un modo que no dejó que desear; pero el héroe principal de esta brillante jornada ha sido el citado señor coronel Auza, quien con los dos batallones que he mencionado, defendió el punto que encomendé á su valor, de una manera que ha admirado á los oficiales franceses. Dicho jefe fué cortado por unos cuantos minutos á consecuencia de que la artillería enemiga desplomó una parte del edificio sobre él, de cuyos escombros lograron sacarlo, arrojando para ello la muerte y solo como un premio al mérito, unos atrevidos soldados y oficiales de Puebla y Zacatecas.

Los señores generales Berriozábal, Diaz y Llave, contribuyeron tambien á la victoria que hemos alcanzado este dia, pues con los fuegos de sus respectivas fuerzas impidieron que el enemigo mandara reponer las columnas que lanzó á Santa Inés, causándole ademas grandes estragos. Diré á vd. tambien; que quedé altamente complacido de la eficacia y prontitud con que dichos generales han cumplido todas las órdenes que les di, así como por el valor y serenidad que mostraron durante las horas del combate; lo estoy por las mismas razones, de los señores generales Negrete y Prieto, quienes ha-

Hándose al frente de la reserva general é inmediatos al punto en que yo estaba, cumplieron tambien con valor y prontitud mis órdenes, lo que contribuyó en gran parte á nuestro triunfo.

De los señores generales Mendoza y Paz, solo diré á vd. que me sirvieron, como siempre, muchísimo, y que no quisieron separarse de mi lado ni aun en los momentos que ya finalizado el combate, y estando vencedoras nuestras fuerzas, creí indispensable mi presencia en Santa Inés. El general D. Francisco Alatorre, cuya línea fué hoy atacada, se condujo cual corresponde á su honradez y valor, lo mismo que el señor general Ghilardi y los coroneles Manuel Cosío é Ignacio Alatorre.

El combate de hoy ha sido el mas sangriento y el que mas honra á las armas de la República. Los muertos que dejaron los franceses y de que le hablo á vd., fueron solo en Santa Inés. Diré á vd., por último, que el ejército invasor acaba de recibir un nuevo golpe.

Tenga vd. la bondad, compañero, de trasmitir estas noticias al señor ministro de la guerra, y admitir los testimonios de mi amistad y cariño.—*J. G. Ortega.*”

Inserto tambien á continuacion y en lo conducente, las órdenes generales del cuerpo de ejército de Oriente, que tienen relacion con los acontecimientos que se han citado en la precedente carta.

“Orden general del cuerpo de ejército de Oriente, del 25 al 26 de Abril de 1863, en Zaragoza.—El ciudadano general en jefe, justamente conocedor del mérito y valor de los ciudadanos generales, jefes, oficiales y tropa que han concurrido á las funciones de armas tenidas anoche y hoy, repeliendo el asalto enemigo en ambas ocasiones, y sin perjuicio de hacer tambien mencion de todos los que hayan dado lugar á ser nominados, se ha servido disponer se haga mencion honorífica de los ciudadanos coroneles Auza, Flores, Escovedo, Ramirez y Caamaño; de los tenientes coroneles Galindo, Cosío, Nogueyra y Padrés; de los comandantes y capitanes Monasterio, Salas, Beltran, Márquez, Cazarin, Morales, Nava, Diaz y Calvillo; cuyos nom-

bres, empleos y acciones en que se distinguieron, se dirán mañana, así como el brillante comportamiento de los batallones número 14, de Jalisco; 3.º y 5.º de Zacatecas; 2.º de Puebla, y 1.º y 2.º de Toluca, lo mismo que los pelotones de artillería que servian las piezas en ambas jornadas. Todos estos jefes, oficiales y tropa, han merecido bien de la patria y la estimacion de este cuerpo de ejército; pues que á mas de haber repelido al enemigo, causándole notable pérdida en muertos y heridos, le han hecho bastantes prisioneros dentro de la misma plaza.

De orden del ciudadano general en jefe, el cuartel maestro.—*Mendoza.—Comunicada.—Prieto.*”

“Orden general extraordinaria del cuerpo de ejército de Oriente, del 26 de Abril de 1863 en Zaragoza.—El ciudadano general en jefe se ha servido disponer que se espresen y ratifiquen los empleos y nombres de los jefes y oficiales de quienes se hizo mencion honorífica en la orden de ayer, y son los que á continuacion constan.

Coronel Miguel Auza, jefe de la segunda brigada de la cuarta division; coronel Mariano Escovedo, jefe de la segunda brigada de la segunda division, coronel Prisciliano Flores, mayor general de infantería; coronel Juan Ramirez, batallon número 17 de Puebla; coronel Juan Caamaño, primer batallon de Toluca, coronel Rafael Nogueyra, batallon número 24 de Michoacán, muerto; teniente coronel Manuel Cosío, batallon número 3.º de Zacatecas, teniente coronel José María Padrés, batallon número 2 de Toluca; ayudantes del ciudadano general en jefe, teniente coronel Mariano Diaz, teniente coronel Ignacio Calvillo y teniente coronel comandante de batallon Jesus Lalanne; teniente coronel comandante de batallon Mateo Salas, batallon número 3.º de Zacatecas, quien sucumbió y queda desde hoy ascendido á la clase inmediata; teniente coronel Nicolas Morales ayudante del ciudadano cuartel maestro; capitán primero Francisco Beltran, ingeniero, herido gravemente; capitán, Timoteo L. Rincon, ayudante del ciudadano general en jefe, quien sucumbió, y queda ascendido al empleo inmediato; comandante de batallon Carlos Galindo, batallon número 1.º de Zacatecas, herido gravemente; capitán primero Joaquin Cazarin, artillería; pagador Miguel Márquez, quien sucumbió.

Ademas de los jefes espresados, son dignos de mencion honorífica por su brillante y valiente comportamiento en la jornada de ayer, los ciudadanos generales Felipe Berriozábal, Ignacio de la Llave y Alejandro García; así como los coroneles Agustin Villagra, mayor general de la primera division; Ignacio Alatorre, mayor general de la 5.^a Miguel Veraza, jefe del estado mayor del general en jefe de la 1.^a division; Camilo Rios, jefe del estado mayor del general en jefe de la 2.^a Lorenzo Vega, ayudante del ciudadano general en jefe; teniente coronel Agustin Aleérrea, por su constancia y firmeza en la importante comision que desempeñó; teniente coronel de ingenieros Gaspar Sanchez Ochoa, teniente coronel Agustin Inzunza, batallon número 17 de Puebla; teniente coronel Cirilo Castillo, comandante del punto de San Agustin; teniente coronel comandante de batallon Antonio Dominguez, batallon 1.^o de Toluca; comandante de batallon Antonio Espinosa, segundo batallon de Toluca; Eugenio Sanchez, ayudante del ciudadano general en jefe; Márcos Espinola, ayudante del ciudadano general en jefe, de la 1.^a division; Ignacio Valdés, batallon 5.^o de Zacatecas; capitán 1.^o de artillería Rafael Sanchez comandante; de batallon capitán 1.^o de artillería Francisco Castañeda teniente coronel de infantería, capitán 1.^o de la misma arma, Dionicio Aragon; capitán 2.^o José J. Ferrer; capitán de caballería 2.^o ayudante, Vicente Torres; capitán de infantería, teniente Máximo Alaniz; capitanes graduados tenientes Ignacio A. Bravo y José María Cortés; teniente Francisco Delgadillo; subtenientes Pedro Peña, Manuel Caricarte, Jesus Oropeza; teniente Manuel María Lombardini. Todos estos últimos individuos pertenecen al cuerpo de artillería, quienes con firmeza y valor mandaban los pelotones de las distintas piezas colocadas en Santa Inés, calle de la Limpia, San Agustin, fuerte de Hidalgo y la batería de reserva situada en el Carmen, y con sus certeras punterías contribuyeron de una manera eficaz al triunfo alcanzado el dia de ayer, mereciendo hacerse mencion por su buen comportamiento, del subteniente de la propia arma, Manuel Vega.

Igualmente son acreedores á mencion honorífica los capitanes Eulogio Sandoval, 6.^o batallon de Jalisco, Guillermo Velez, ayudante del ciudadano general en jefe, Manuel Ramiro y Santos Solís, ayudantes del ciudadano general en jefe de la 1.^a division, Reyes Rivas y Ramon Ramos; Comandante, capitán Francisco Camacho; capitanes Teodoro Hoffay del 5.^o de Zacatecas, Leopoldo Roman y Rafael Ferniza, 3.^o de Zacatecas; los tenientes Manuel D. Arteaga, Manuel Alas, ayudante del general en jefe de la 1.^a division; segundo ayudante Ignacio Mendes, 3.^o de Toluca, quien sucumbió y queda ascendido á la clase de capitán; tenientes Margarito Moreno, herido gravemente, Ignacio Márquez, 1.^o de Toluca; Arcadio Gallegos 5.^o de Zacatecas; subtenientes Merced Gonzalez, Jesus Bravo, Francisco Lara, F. Salazar, 5.^o de Zacatecas; Salvador Ramos 3.^o de Zacatecas.

El capitán Luis G. Olacza, del batallon número 17 de Puebla, por su muy distinguido comportamiento y valor acreditado, queda ascendido á la clase de comandante de batallon, y ademas se le confiere el grado de teniente coronel.

De orden del ciudadano general en jefe, el cuartel maestro — *Mendoza.*—Comunicada.—*Prieto.*”

A los documentos que anteceden tendria mucho que agregar respecto de las circunstancias que acompañaron á los acontecimientos generales que en aquellos se mencionan; pero me abstengo de hacerlo por las razones que he dejado espuestas.

Aunque me contraje el compromiso de referir pormenorizadamente el dia 26 los acontecimientos que tuvieron lugar el 25, no me fué posible hacerlo: ademas creí que la relacion de las circunstancias de este combate y de los anteriores, correspondia mas bien al parte general que debia rendir de la defensa de la plaza, que no á noticias aisladas que daba con precipitacion, y segun lo permitian las graves atenciones que me rodeaban. Solo diré, pues, como un apéndice á lo relacionado en los documentos de que me ocupo: que al hacer su explosion las minas levantando una cuadra de la manzana

del Pitimini la noche del día 24, mandé algunos de mis ayudantes y á otros jefes de alta graduacion para que inspeccionaran el estado que guardaba la moral de la tropa, y tanto por los informes de aquellos ciudadanos, como por los que me dió el general D. Alejandro García y aun el mismo general Berriozábal, que era el jefe de esa línea, me impuse de que el resto de la fuerza de Toluca, que defendia aquel punto, se encontraba con la mayor entereza y llena de entusiasmo, no obstante haber quedado sepultada una gran parte de ella entre los escombros del edificio que destruyeron las minas.

En la mañana del día 25 y en el acto en que otras de aquellas hicieron de nuevo su esplosion bajo los cimientos de la manzana de Santa Inés, me dirigió el correspondiente aviso el señor general Auza, á quien mandé decir: que dentro de algunas horas, y tan luego como cesara el fuerte cañoneo que el enemigo asestaba sobre aquel punto, debería sufrir un asalto, y que siendo el edificio de Santa Inés uno de los de que se formaba la línea de que ya he hecho mencion, la orden que recibia era esta: rechazar al enemigo, ó defender el punto que le estaba encomendado hasta caer muerto ó prisionero con la fuerza que le obedecia. Le mandé decir tambien con el mismo ayudante que llevaba la orden: que por mi parte estaria pendiente de lo que pudiera acontecer en el combate que se trabaria dentro de poco.

La respuesta que dió á lo anterior fué la siguiente: que las órdenes que acababa de recibir quedarian exactamente cumplidas.

Situé por la derecha de Santa Inés á mis ayudantes Diaz, Ortega y García Llamas con el objeto de que me informaran con cuanta brevedad fuera posible, la hora en que el ejército francés lanzara sus columnas sobre aquel edificio. Cumplida aquella consigna, y cuando recibí el aviso que esperaba, ordené que parte de las reservas generales, que se hallaban apostadas en la plaza de armas, al mando de los dignos generales Negre-

te y Prieto, reforzaran las calles y puntos inmediatos á la línea atacada.

Empeñada la lucha, las fuerzas francesas, por todo el frente de nuestra línea y con un arrojó inaudito, marchaban con paso firme sobre nuestros parapetos, sobre la multitud de puntos no fortificados de la plaza, y sobre aquellos en que su artillería nos habia abierto estensas y practicables brechas, cuya actitud imponente y atrevida podia distinguirse cuando algunas ráfagas de viento disipaban la oscuridad que producía el humo del combate.

Las horas se sucedian, y la lucha continuaba sangrienta, sin que la fortuna se manifestara propicia ni á una ni á otra parte.

Yo hacia penetrar á Santa Inés á mis ayudantes Vega, Calvillo Ibarra, Lalanne, Sanchez, Lozano y Sandoval, tanto para recibir informes de los incidentes que ocurrian en la parte interior del edificio, como para mandar decir al general Auza, que no cesará un punto, fueran cuales fueren las pérdidas que tuviera, y que para resolver la cuestion en nuestro favor, solo se requeria acabar de matar á los zuavos de que se componia el regimiento que habia penetrado á aquel edificio. Todas sus respuestas no contenian sino estas sencillas palabras: que estaba enterado y que quedarian cumplidas mis órdenes.

A los generales Berriozábal, Alatorre, Llave, Régules y Ghilardi, les previne: que no hicieran cesar sus fuegos por el frente y flancos de nuestra línea atacada, y mas cuando por los partes que estaba recibiendo, vine en conocimiento, que hechas pedazos por nuestros fuegos las columnas enemigas, vacilaban unas y retrocedian otras por todo el frente de nuestra citada línea. La respuesta que recibí de estos generales, era la misma que me dió el señor Auza.

Uno de los oficiales á quien sacaban herido de Santa Inés me dió: que acababa de dejar al señor general Auza, cubierto con los escombros de una parte del edificio que se habia desplomado sobre él.

Mandé en el acto que penetraran otros de mis ayudantes, para que dieran á los coroneles Escovedo y Ramirez, las órdenes á que aludo en la carta que dejo inserta. Por los informes que de ellos recibí, me impuse: que ya el referido señor Auza, aunque lleno de golpes y contusiones, se encontraba fuera de los escombros y permanecía en el edificio atacado, por no haber querido que lo sacaran de él, y que, si bien vencedor, ya no podía continuar mandando, por el estado de postracion física á que lo habia reducido aquel incidente desgraciado.

Debo tambien decir á vd. señor ministro, para conocimiento del magistrado supremo de la nacion: que no obstante el estado violento en que se encontraban los defensores de la plaza á consecuencia del rigoroso asedio que sufría aquella, ni los soldados ni los oficiales franceses recibieron el mas ligero insulto, ni la mas insignificante tropelia ó vejacion de nuestros jefes, oficiales y soldados, sino muestras de consideracion y pruebas de sublime generosidad en el acto mismo, de caer prisioneros.

De varios oficiales franceses que me encontraron en la plaza de armas y atrio de catedral, y que estando ya prisioneros venian tomados del brazo de algunos de mis ayudantes y de otros jefes y oficiales de nuestro cuerpo de ejército, unos me suplicaron, que no se les paseara en triunfo, y algun otro, que se les volvieran las armas de que habian sido despojados despues de la derrota que habian sufrido.

A los primeros les dije: que eran conducidos al interior de la ciudad y por las calles precisas, para ser colocados en los edificios mas cómodos y decentes que pudieran encontrarse en el acto; que el ejército mexicano respetaba al valor desgraciado, y no sabia ostentar sus triunfos sino de una manera noble y digna. Mi contestacion á los segundos, fué dar la orden en presencia de ellos mismos, para que se recogieran sus armas y se les devolvieran inmediatamente.

Todos se manifestaron complacidos de mi respuesta, y dándome las gracias cortésmente, siguieron su marcha custodiados solo por nuestros oficiales y por alguna gente curiosa del pueblo.

Poco despues entraron tambien prisioneros y por las mismas calles los zuavos, quienes fueron tratados de la manera que lo habian sido sus oficiales. De las palabras de los mismos zuavos, de la quietud de su espíritu revelada en sus maneras y en su semblante, se conocia claramente la confianza que tenian en nuestro ejército al hallarse prisioneros y en poder de él.

Dí igualmente la orden para que fueran colocados, en edificios cómodos y salubres de la ciudad, aquellos valientes que habian llenado los deberes que tenian como soldados, de una manera audaz y temeraria, y sobrepujando á lo que pudiera exigir el honor y las leyes militares. Dispuse ademas que se les tratara con toda consideracion, y se les alimentara del mejor modo posible, atendida la escasez de víveres en que se hallaba la plaza.

Los oficiales heridos pertenecientes al ejército frances que entraban por las mismas calles, un poco despues, eran conducidos á los hospitales en brazos de nuestros mismos jefes y oficiales, quienes rendian con esto un nuevo homenaje al valor.

Al trasladarme al edificio de Santa Inés, en el que encontré postrado al general Auza, dispuse que los heridos franceses y los nuestros se levantáran inmediatamente, no obstante los fuegos que el enemigo estaba dirigiendo todavia sobre el referido edificio. En él permanecí para ver cumplida la orden que acababa de dar, así como para relevar personalmente á los batallones 3.^o y 5.^o de Zacatecas, con los 1.^o y 2.^o del mismo Estado.

Cuando se recogian los heridos franceses con el objeto de que el arte y la ciencia salváran á los que fuera posible, el mismo enemigo nos hirió dos oficiales, muchos soldados y al bravo teniente coronel Carlos Galindo, quien en mi presencia y al cum-